

XXX Domingo Tiempo ordinario

Jeremías 31, 7-9; Hebreos 5, 1-6; Marcos 10, 46-52

«*¿Qué quieres que haga por ti? El ciego le dijo: -Maestro, ¡que vea!»*

28 Octubre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«La fe nos lleva a ver sin ver, a acariciar sin tocar, a abrazar sin poseer y a disfrutar sin gozar plenamente. Nos levanta sobre la debilidad y nos hace luchar hasta el último aliento de vida»

Buscamos seguridad y nos asusta dejar los lugares conocidos, las tareas que ya controlamos, las personas que nos dan confianza. Queremos recogerlo todo en una hoja de Excel para estar más tranquilos, para saber cómo actuar de acuerdo a una fórmula matemática que lo solucione todo. Sin riesgos, sin pérdidas. Nos gustan los resultados previstos y nos desconciertan los imponentes. Nos desalienta perder el tiempo previendo imprevistos y solucionando sólo futuribles. Decidir hacia dónde ir sobre la marcha nos incomoda, porque queremos controlarlo todo. Nos gusta el camino marcado de antemano, la agenda precisa, las soluciones fáciles de calcular, las certezas que no dejan lugar a dudas. Perder el control nos parece demasiado arriesgado. Pero, cuando las cosas empiezan a fallar, ¿qué hacemos? ¿Cómo gestionamos el descontrol en una vida de la que no somos los dueños? A lo mejor nos falta fe. Sí, hablamos de Dios y de cosas religiosas. Pero nos falta fe. O nuestra fe es una fe primitiva y desconfiada, una fe fanática y algo mágica. Rezamos para que todo salga bien. Y cuando no sale bien nos rebelamos. No es fácil creer. La fe implica abandono y nos resulta difícil gestionar esa actitud despreocupada y consciente, libre y obediente al mismo tiempo. La fe es un don, pero no basta con creer un conjunto de verdades, luego hay que ponerse en camino y hacer de la fe una actitud viva, una forma de entender la vida, una manera nueva de amar al hombre. Creer es confiar en Alguien que dirige nuestra vida. Nos resulta difícil. Porque tenemos planes previstos. Porque nos hemos atado al borde del camino negándonos a recorrer otras sendas. ¿Por qué es tan difícil creer de verdad? ¿Creer sin atarnos a lo que deseamos, sin querer manejar la vida a nuestro antojo? Consiste en dejarlo todo y seguirle a Él. Un riesgo. El corazón tiene miedo. Es fácil dejar de caminar por miedo. **El miedo nos hiela el alma y nos paraliza.**

El problema es que no sabemos muy bien lo que nos hace felices y nos asusta iniciar un viaje tan desconocido como llegar a conocernos a nosotros mismos. Tal vez sea eso. Decía el Beato Juan Pablo II: « ¡No tengáis miedo de vosotros mismos! » Y a veces tenemos miedo. ¿Hacia dónde caminamos? ¿Quiénes somos? ¡Resulta tan fácil decir que nuestra vida consiste en hacer la voluntad de Dios! Los sacerdotes lo repetimos con insistencia, como si al repetirlo una y otra vez consiguiéramos desvelar esos grandes misterios en los que el alma a veces se turba. Pero, ¿dónde está escrita la voluntad de Dios? Cuando nos ponemos manos a la obra buscando el querer de Dios, surge la neblina y no tenemos luz. Y entonces, ¿quién nos da soluciones? Quisiéramos tener a alguien cerca que nos dijera: «*Por aquí no, mejor por allí*». Alguien que asumiera por nosotros la responsabilidad y los riesgos en caso de error. El problema es que no sabemos bien lo que queremos, lo que se corresponde con nuestro ser. Somos unos ignorantes. Decía el P. Kentenich a un grupo de jóvenes hace precisamente cien años: «*Hay un mundo siempre nuevo, el microcosmos, el mundo en pequeño, nuestro propio mundo interior, que permanece desconocido y olvidado*»¹. Estas palabras las podemos repetir hoy sin miedo a equivocarnos. Decía Michael Quoist: «*A medida que con la*

¹ José Kentenich, “Acta de refundación”, 27 Octubre 1912

*ciencia y la técnica domina el universo, pierde el hombre el dominio de su universo íntimo. Penetra en el misterio de los mundos, en el de los infinitamente pequeños y en el de los infinitamente grandes, y se pierde en su propio misterio*². La tecnología avanza a velocidades sorprendentes y el hombre sigue sin conocerse. El otro día leía: «*El vertiginoso desarrollo científico-tecnológico del mundo actual está consiguiendo hacer realidad las fantasías de hace sólo unas décadas, con un extraordinario potencial para la transformación de la naturaleza y la satisfacción de las necesidades humanas*». Sin embargo, satisfechas todas las necesidades, logrados tantos avances geniales, continúa ese vacío existencial que nos quita la paz. Comprobamos que este crecimiento tan esperanzador, parece no dar una respuesta última al deseo de plenitud del hombre de hoy. Nos sentimos solos y perdidos en un mundo que corre a una velocidad vertiginosa. Decía el P. Kentenich en la llamada Acta de prefundación: «*Nuestro tiempo, con todo su progreso y sus múltiples experimentos, no consigue liberar al hombre de su vacío interior*». La globalización ha logrado que el hombre salga de su pequeña aldea para internarse en una aldea mundial, inabarcable. **Se ha volcado en el mundo buscando su camino, su felicidad, y ha descuidado el cultivo de su mundo interior, ese mundo que se ha ido secando.**

No sabemos lo que queremos de verdad y lo que aparentemente queremos se convierte en una obsesión que puede esclavizarnos. No sabemos escuchar un nuevo idioma, el lenguaje del corazón, y lo apagamos, para no hacernos caso. Somos unos ignorantes en ese lenguaje que nos resulta extraño. Como nos lo recuerda el P. Kentenich: «*Que jamás nos acontezca saber varias lenguas extranjeras, como lo exige el programa escolar, y que seamos absolutamente ignorantes en el conocimiento y comprensión del lenguaje de nuestro propio corazón*». No nos conocemos, somos un misterio para nosotros mismos. Años y años viendo nuestras reacciones y no acabamos de entendernos. Una persona me comentaba hace unos días: «*En el Santuario es el primer lugar en el que me han hablado de la importancia de conocerme para crecer en mi camino de fe*». Nos hablan de virtudes y vicios, de faltas y logros. Nos invitan a crecer en nuestro camino de santidad presentándonos un ideal objetivo al que debemos tender. Pero, ¿qué grita en nuestra alma? Todos sabemos que tenemos que mejorar, que hay mucho potencial en nuestro interior. Pero lo importante es aprender a construir a partir de lo que Dios ha sembrado, a partir de nuestra naturaleza. El otro día leía una definición de educar muy interesante: «*Educar es acompañar a alguien hacia ese lugar en el que reconoce lo que es y advierte y se entusiasma con lo que puede llegar a ser*». Por eso es tan importante descubrir las herramientas para conocernos en profundidad. Para saber por qué reaccionamos de una determinada manera, para aceptar nuestra historia, nuestros talentos y defectos. Cuando nos conocemos y queremos tal como somos, podemos empezar a avanzar. Cuando comprendemos lo que nos hace vibrar y lo que nos apaga, es más fácil construir en una dirección correcta. **Cuando no es así, vivimos dando palos de ciego, sin un rumbo marcado, sin saber muy bien hacia dónde vamos, ni hacia dónde queremos ir.**

Hoy el Evangelio nos muestra a un ciego que pide compasión al borde del camino: «*Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino.*» Es un ciego y es mendigo que no se mueve. No ve y es consciente de su realidad. Se sabe menesteroso y suplica misericordia. Se encuentra al borde del camino, atado y sin rumbo. Con miedo en el alma. La ceguera no le deja avanzar. Nos vemos reflejados en ese hombre ciego. El hombre de hoy sufre esa ceguera del alma. Sin embargo, ya no grita. Ha ahogado su grito. O tal vez nosotros no lo oímos, porque ya nadie escucha. Nosotros mismos somos ciegos. ¿Gritamos? A veces nuestra fe es tan frágil que no nos permite actuar. Lo primero que hace el ciego al escuchar que llega Jesús es gritar: «*Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: - Hijo de David, Jesús, ¡ten compasión de mí!*» Seguramente escuchó el rumor y comprendió que era el hombre que hacía milagros. Él tuvo fe. Creyó en el poder de Jesús y pensó que él podía ser curado, salvado. Apeló entonces a la compasión. Seguro que Jesús se compadecía

² Michael Quoist, “Triunfo”, 7

de él. La fe comienza con un grito existencial. Hoy hay muchos hombres perdidos y desorientados. Hombres que no ven, pero sí escuchan. Pide con insistencia. Su fe parece más fuerte que la de muchos videntes. Decía el P. Kentenich: «*La medida del anhelo es la medida de la gracia*». Cuando deseamos poco, poco recibimos. **Cuando soñamos con las estrellas, alcanzamos altas cumbres. El ciego lo quiere todo e insiste, no se desanima.**

Los hombres pueden alejarnos o acercarnos a Dios. En el Evangelio algunos retienen al ciego para que no moleste a Jesús. Su grito inquieta. Por eso lo quieren alejar del Mesías: «*Muchos le increpaban para que se callara*». Su desesperación resulta irritante. A veces en nuestra vida podemos encontrarnos con personas que nos alejan de Dios con su testimonio. Así sucede cuando nuestra actitud en la Iglesia es displicente, fría o falta de misericordia. ¡Qué valiosas son las palabras que hoy nos regala la segunda lectura!: «*Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extrañados, por estar también él envuelto en flaquesa*» Hebreos. 5, 1-6. Somos entresacados de entre los hombres para mostrar el rostro alegre de Dios. Estamos envueltos en flaquesa. Desde nuestra debilidad podemos ser misericordiosos con los que necesitan ver el rostro afable y bondadoso de Dios. Nuestro desprecio, por el contrario, puede alejar a los que buscan con insistencia a Dios. **Podemos llegar a ser esos que le piden guardar silencio.**

Necesitamos que haya muchos hombres encargados de acercar a otros a Dios. El ciego Bartimeo encuentra respuesta: «*Llaman al ciego, diciéndole: - Ánimo, ¡levántate! Te llama*». Muchas veces nos gustaría poderle repetir lo mismo a aquellos ciegos que se acercan a nosotros buscando algo de luz: «*Ánimo, ¡levántate! Te llama*». Cristo llama y nosotros somos el puente que conduce a Dios. Cristo llama cuando el corazón no se cierra. Decía el beato Juan Pablo II: «*La peor prisión es un corazón cerrado*». Un corazón mudo y sin gritos en el que Dios no tiene cabida, no busca respuestas. Desconocemos la razón de muchas cegueras. Tal vez nosotros mismos y nuestra Iglesia hemos provocado esa falta de vista. Como me decía hace unos días una persona que vino a hablar conmigo: «*La verdad es que no me gustan ni los curas ni las monjas*». Y tenía sus razones. Es normal que nuestro corazón se cierre cuando no ha experimentado la misericordia, sino el juicio, cuando ha sido rechazado sin razones. El desprecio en lugar del amor. Las palabras del P. Fernando en el día de sus bodas de plata sacerdotales resuenan en el corazón: «*Le pido a Dios que no permita que olvide nunca quién soy, hombre de barro, hombre débil, también con muchas limitaciones. Os quisiera animar a creer en el amor. El amor nos enaltece, nos ayuda a ser personas profundamente felices y plenas. Necesitamos empaparnos mucho más del Evangelio de Jesús y dar testimonio como cristianos, de que el amor es más fuerte y que, en el corazón de Dios y en el corazón de María, todos nosotros tenemos un lugar especial para poder vivir en plenitud y en auténtica felicidad*». Nosotros podemos ser aquellos que escuchan un grito ciego y conducen al que grita hacia Dios. **Podemos facilitar ese encuentro o convertirnos en una barrera infranqueable. Podemos ser camino o muro.**

Conmueven los gritos del ciego y su insistencia: «*Pero él gritaba mucho más: - Hijo de David, ¡Ten compasión de mí!*». Intentan disuadirlo y él persevera. Él cree que todo es posible para Dios. Cree en su misericordia, más que en la misericordia de los hombres. No se queda en las barreras que a veces ponemos con nuestra mirada y palabras. Persevera. No pierde la esperanza. El que tiene esperanza nunca se desespera. Es diferente esta actitud de la de aquel que sólo tiene expectativas en su vida. Tal vez porque estas últimas nos las ponemos nosotros. Son nuestros planes y anhelos, nuestros programas bien trazados. La expectativa, cuando no tiene lugar, nos deja el alma llena de amargura. La expectativa procede de nosotros mismos, no está fundada en Dios. Obedece a nuestro deseo de buscar seguridades. La esperanza, por el contrario, es un don que se nos regala. La expectativa cuenta con los cálculos humanos, la esperanza desborda la capacidad del hombre. La esperanza necesita fe para crecer. El hombre que cree espera con un corazón anhelante. **Las expectativas nos acaban frustrando, porque a veces obedecen a caprichos del hombre.**

El comienzo de conversión del mendigo ciego tiene lugar con una llamada. Jesús se compadece de su sufrimiento y le llama: «*Jesús se detuvo y dijo: - Llamadle*». Y la respuesta a la vocación implica un salto de fe. Deja la comodidad y la seguridad del borde del camino. Deja lo que le ata, su manto, y sigue al Señor: «*Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús*». Comenzar el camino de la fe implica dejar el manto de un salto. En el manto se encuentran todas nuestras ataduras y miedos. El borde del camino hace referencia a nuestras seguridades que nos dan paz y tranquilidad. Es necesario que seamos capaces de desnudarnos ante Dios. Sólo así podremos dejarnos hacer por Él. Sólo así podremos comenzar un nuevo camino. Dejar el manto y dejar el borde del camino es la premisa para recorrer el camino. Es el salto más difícil, pero sólo es el primero. **Podemos volver atrás si no somos capaces de seguir a Cristo en el camino. El borde del camino es muy atractivo.**

Entonces Jesús puede actuar y sana el corazón del ciego. No sólo le devuelve la vista, le devuelve su capacidad de amar. La llamada es personal y se adapta al corazón del hombre: «*Jesús dirigiéndose a él, le dijo: - ¿Qué quieres que haga por ti? El ciego le dijo: - Maestro, ¡que vea! Jesús le dijo: - Vete, tu fe te ha salvado. Y, al instante, recobró la vista y le seguía por el camino*» *Marcos 10, 46-52.* Se confronta el hombre ciego con Jesús y escucha una pregunta. Le pide ver. ¿Qué le pedimos nosotros a Jesús? ¿Hacemos peticiones que a veces no nos conviene? Recuerdo una canción de Joan Osborne «*One of us*». Dice la canción: «*Si te encontraras cara a cara con Dios y toda su Gloria y pudieras hacerle sólo una pregunta, ¿qué le preguntarías?*» Si tuviéramos sólo una petición, ¿qué le pediríamos? ¿Recuperar la vista perdida? ¿Aprender a vivir? Tal vez nos quedaríamos pensando en esas necesidades más inmediatas. En esas ausencias que nos pesan, en las carencias que nos duelen. Le pediríamos sin trascendernos, sin darle a nuestra vida todo el peso que tiene. Nos quedaríamos, quizás, en la urgencia del momento presente. Sin querer cambiar el corazón. Porque, cuando un ciego recobra la vista, su vida cambia de golpe. No es que sea fácil y cómodo vivir al borde del camino. Suena a falta de compromiso y abandono. Pero dejar el camino y comenzar a ver implica dar un salto y dejar cosas; significa iniciar algo nuevo. Nos asusta ver. **Preferimos vivir la vida sin ver demasiado. Sin que nuestra vista nos complique las cosas. Mejor ser ciegos.**

Nos sorprende la fe de este ciego que quiere ver. Y nos damos cuenta de que su fe lo salva. Por eso hoy nos preguntamos: ¿Nuestra fe nos salva? Una fe capaz de salvar es la que queremos tener. Una fe madura, pero, ¿cómo madura la fe? Cuando no nos aferramos de forma primitiva y enfermiza a nuestro deseo, nuestra fe crece. Tal vez el secreto consista en no atarnos a lo que deseamos, aunque sea bueno en sí mismo; y en alegrarnos con lo que recibimos, aunque no sea tan bueno como lo deseado. La realidad no siempre nos parece tan apetecible. Y entonces pensamos. ¿Dios nos manda esto? ¿Lo permite? ¿Es lo mejor que nos puede ocurrir? Preguntas que permanecen en la oscuridad de nuestra fe. La fe no nos abre al cumplimiento de un plan mágico. El otro día leía: «*Si Dios contesta a nuestra oración, está aumentando nuestra fe. Si tarda en contestar está aumentando nuestra paciencia. Si no contesta, tendrá preparado algo mejor*». Una canción de Garth Brooks dice: «*A veces soy gracia a Dios por las oraciones sin respuesta. Supongo que el Señor sabe lo que está haciendo, después de todo*». Al mirar atrás se daba cuenta el autor de que si Dios hubiera escuchado esas oraciones que un día le hizo, su vida no hubiera sido tan increíble como ahora era. Es difícil comprender a Dios y sus caminos. Decía el P. Kentenich: «*Me parece que en nuestra vida religiosa acentuamos muy poco la inmanencia de Dios y destacamos, por otra parte, demasiado unilateralmente la trascendencia divina. Hemos tenido muy poco en cuenta la inmanencia de Dios, vale decir, la vida de Dios en los hombres, en las criaturas, y relegamos a Dios a algún rincón del cielo*³». Si aprendiéramos a ver a Dios en las personas y acontecimientos, estaría integrado en nuestra vida. Lo veríamos caminar. **Nuestra fe sería una fe viva, que busca su querer.**

El ciego de hoy nos muestra cómo se desencadena el proceso de la fe. Es la fe del hombre

³ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 58

que busca a Dios en su ceguera. Queremos recobrar la vista y poder ver la realidad tal y como es. Queremos ver a Dios en nuestra vida, ver sus huellas. Decía San Ireneo: «*La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios*». Todo nuestro caminar es una búsqueda, a veces ciega, de la luz de Dios, de su rostro. La compasión de Cristo devuelve la vista al hombre ciego. Y brota la alegría: «*Dad hurras por Jacob con alegría, y gritos por la capital de las naciones; hacedlo oír, alabad y decid: - Ha salvado el Señor a su pueblo, al Resto de Israel. Entre ellos, el ciego y el cojo, la preñada y la parida a una. Gran asamblea vuelve acá. Con lloro vienen y con súplicas los devuelvo, los llevo a arroyos de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para Israel un padre, y Efraín es mi primogénito*» Jeremías. 31, 7-9. Y el salmo recoge la paz del que ha experimentado en su vida la salvación: «*Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar; La boca se nos llena de risa, la lengua de cantares. El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares*» Sal 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5. Es el canto de nuestro corazón. Hemos experimentado el amor de Dios, su salvación y estamos alegres.
Queremos que Dios nos quite la ceguera del alma para poder alegrarnos de su salvación.

La fe es una lucha en el claroscuro de la vida. Quisiéramos tener más fe para creer en lo que no vemos, en aquello que resulta todavía intangible. La fe de los profetas y de los santos es una fe que percibió una realidad todavía inexistente. Es la fe de los santos ocultos y sencillos que han vivido el dolor de la cruz en sus vidas. Decía Benedicto XVI: «*La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo, son preludio de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe*»⁴. La fe nos permite franquear los obstáculos de la vida. Las caídas y pérdidas, las frustraciones y expectativas no cumplidas. La fe nos lleva a ver sin ver, a acariciar sin tocar, a abrazar sin poseer y a disfrutar sin gozar plenamente. La fe nos levanta sobre nuestra debilidad y nos convierte en luchadores hasta el último aliento de vida. Sin desfallecer, sin dejarnos llevar por la comodidad de la vida, o por el desaliento al experimentar la fragilidad. Decía el Beato Juan Pablo II: «*¡La Iglesia de hoy no necesita cristianos a tiempo parcial, sino cristianos de una pieza!*» Necesita cristianos con una fe viva, capaces de levantarse sobre las ruinas de propios sus fracasos. Sin miedo a una posible derrota. Con esa fe que nos hace capaces de lo imposible, porque para Dios nada hay imposible. El futuro está en nuestras manos y no podemos dejarnos llevar por el desaliento. El otro día leía: «*No puedes elegir tus orígenes sociales, pero puedes elegir tu futuro*»⁵. Está en nuestras manos la verdadera elección que guíe la vida que soñamos. **Podemos permanecer atados al borde del camino. O podemos levantarnos de un salto y seguir así a Cristo.**

María nos invita a seguir a Cristo en la misión que nos pide. El año de la fe va unido para nosotros al año de la misión. Una misión que nos saca de nuestra comodidad y nos hace ponernos en camino. María nos alienta en los momentos de dudas, cuando no nos sentimos capaces, cuando nos pesa el camino y nos falta fe. Ella nos muestra hacia dónde tenemos que ir. Nos hace creer que lo imposible es posible y nos invita a confiar en que dar nuestro «sí» es sólo el comienzo de la aventura de la vida. Sabiendo que muchas veces va a ser una misión oculta, como la suya. Una misión que se gesta en el silencio. Por eso caminamos a su lado. Decía el P. Heinrich en su motivación del comienzo del año de la misión: «*Hay muchos pequeños misioneros, a los que nadie cita por su nombre, pero cada uno de los cuales tiene un rostro ante Dios. Son aquéllos que por amor cumplen fielmente su deber y entregan en silencio su capital de gracias en la tinaja. Son aquéllos que no quieren ser nombrados, porque hacen todo en silencio, con la profunda alegría de hacerlo todo por María y por Cristo*». Queremos seguir a Jesús con humildad. **Queremos recobrar la vista, dejar el manto y seguir su voz.**

⁴ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica

⁵ Ai Mi, “Amor bajo el espino blanco”, 197